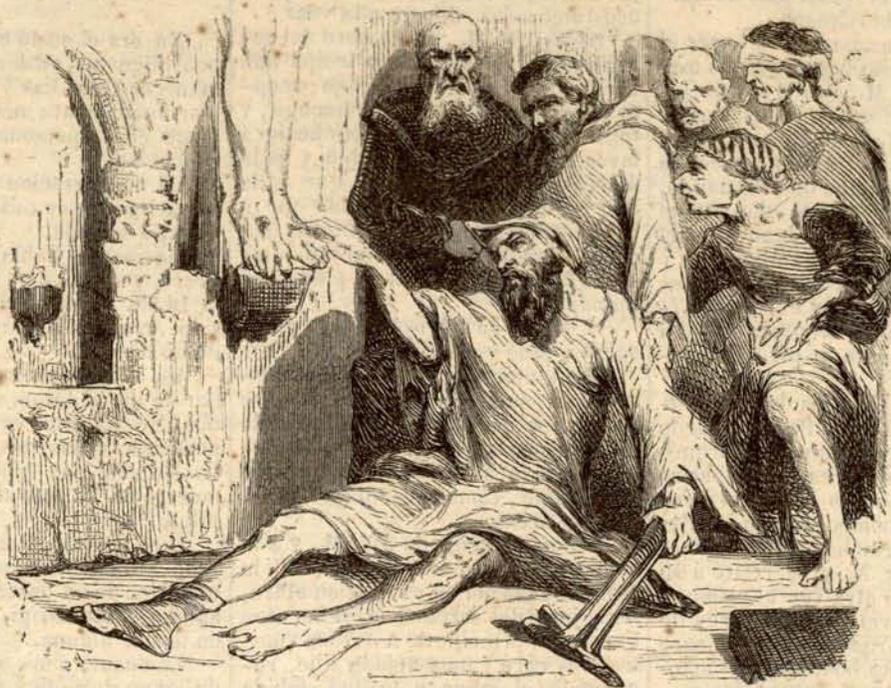


# ALBUM PINTORESCO.



## EL SANTISIMO CRISTO DE LA SANGRE.

En la plaza de Zocodover, en Toledo, hay una capilla ó ermita en donde se venera el santísimo Cristo de la Sangre; es una imágen bastante mitagrosa, cuyos milagros se renuevan constantemente hace ya muchos siglos. Escuchemos la historia tradicional que se ha trasmitido de padres á hijos y á la cual da cumplido crédito el pueblo toledano.

«Reinando Atanagildo existía una ermita consagrada á Nuestro Señor Jesucristo, cuya imágen era muy célebre á causa de los numerosos milagros que hacía. Devolvía la vista á los ciegos que llegaban á visitarla con verdadera fé; los cojos, despues que la dirigian un rezo, soltaban sus muletas, y algunos hasta sus piernas de palo.

«Un día, poco antes del advenimiento de Rodrigo, último rey godo, los judios de Toledo, impulsados por un odio sacrilego, y tal vez exasperados por la injusta persecucion de que eran objeto, se reunieron algunos de entre ellos, y resolvieron ir á la noche siguiente á insultar al Redentor de los hombres en su propia casa. Pusieron, pues, por obra su culpable proyecto; eran las doce de la noche, cuando salieron de su sinago-

ga y pasaron seguidamente á la ermita del *Cristo de las Mercedes*.» Así se llamaba el *Cristo de la Sangre* antes de esta noche fatal. «Una lámpara ardia solitaria á sus pies, en el momento en que sus enemigos atravesaban la puerta del santuario; los judios al instante encendieron antorchas que llenaron la capilla de claridad... Uno de ellos se adelantó hácia la imágen y la dirigió palabras impúdicas; otro abofeteó su sagrado rostro; otro le azotó con un zapato, sin que el Señor manifestara su ira castigando tan villanas acciones. Exasperados los descendientes de Judas tomaron un hierro agudo que les habia servido para forzar la puerta de la ermita, y con este instrumento agujerearon el costado del crucifijo... Le arrancaron de la cruz y le llevaron á un establo, donde le ocultaron, esperando de este modo encubrir igualmente el crimen que acababan de cometer... Pero el Señor, celoso de su gloria, no quiso dejar impune tamaño atentado... De la herida que le habian hecho, corrió durante toda la noche una gran cantidad de sangre. Un santo prelado que casualmente pasaba por allí, descubrió el crucifijo, y con él el crimen horrible que los judios habian cometido. Los culpables fueron presos, y poco despues quemados en la plaza de Zocodover.

«Despues de este castigo ejem-

plar, el crucifijo fué devuelto, y la sangre que continuó corriendo de su herida llegó á ser un remedio eficaz contra todas las enfermedades.»

## CEREMONIAL

DE LA JURA DEL REY DON FERNANDO VII.

(Conclusion.)

Concluido el juramento de todos los diputados de las ciudades y villa, dijo el rey de Armas: mayordomos de S. M. llegad á hacer el juramento y pleito homenaje; y lo ejecutaron con las propias ceremonias y formalidades que los demas, y los que lo hicieron y asistieron á esta funcion segun la lista de la secretaria de la mayoromía de S. M. fueron los siguientes:

## SEÑORES

Conde de Castelblanco; conde de Valdeparaiso; don Juan Pacheco; marqués de Tolosa; marqués de Perales; marqués de Quiroga; conde de Güemes; don Pedro Vivero y Pardo; don Miguel Fernandez de Pinedo; marqués de Villar de Ladron; marqués de Sales; conde de Casa-Sola;

marqués de Bondad-Real; marqués de los Llanos; vizconde de la Almería; don José Verdes Montenegro; don Sabino Rodríguez Campomanes; don Blas Alejandro de Lezo; marqués de Campo Villar; don Manuel de Mollinedo y la Cuadra; don José Gomez de Teran y Negrete; Marqués de Cevallos; marqués de Vargas; marqués de Bermudo; don Carlos de Pando y Alava; marqués de Campollano; don Juan Válcárcel y Herrera; marqués de Hermosilla; don Pablo Crespo.

Luego que acabaron de hacer el juramento y pleito homenaje los mayordomos de S. M., dijo el rey de Armas en alta voz: subid, comisarios de la ciudad de Toledo de voto en cortes á jurar y prestar el pleito homenaje al serenísimo príncipe don Fernando, y habiéndolo ejecutado don Angel Lopez de Lerena y don Juan Manuel Tentor, con las mismas ceremonias y formalidades que los antecedentes se volvieron á su banco; y el rey de Armas dijo: conde de Oropesa, llegad á hacer el juramento y pleito homenaje.

El conde de Oropesa dejó el estoque y lo entregó á don Pedro Stuardo Fitzjames Colon y Portugal, marqués de San Leonardo, primer caballero de S. M., y habiendo hecho el juramento y pleito homenaje con iguales ceremonias y formalidad, besó la mano á SS. MM. y A., y se retiró á su puesto tomando otra vez el estoque.

Después volvió á decir el rey de Armas: subid marqués de Montealegre á recibir el pleito homenaje al marqués de Santa Cruz, mayordomo mayor de S. M., y habiendo subido y hecho las reverencias acostumbradas, se colocó en el puesto que ocupaba el marqués de Santa Cruz, quien pasó al medio del tablado y hecho las cortesias al altar, SS. MM. y A., se puso de rodillas delante del cardenal arzobispo de Toledo, que le recibió el juramento; después pasó á hacer el pleito homenaje en manos del marqués de Montealegre, y habiendo besado la mano á SS. MM. y A. volvió á tomar su puesto y el marqués de Montealegre el suyo.

Luego volvió á decir el rey de Armas: cardenal patriarca, llegad á recibir el juramento y pleito homenaje que debe hacer el cardenal arzobispo de Toledo.

Entretanto los capellanes sacristanes sobre una mesa portátil tenían preparado el pontifical del patriarca. El arzobispo de Toledo pasó al lugar que habia ocupado cuando celebraba, y allí se desnudó del pluvial, estola, cingulo, alba y amito, tomando otra vez la púrpura y sobre ella la banda de la real distinguida orden de Carlos III y el pectoral.

El cardenal patriarca ocupó la silla que estaba sobre la tarima del altar, y los ministros del pontifical, le pusieron sobre el roquete la estola y la capa pluvial, cubriendo su cabeza con la mitra.

El cardenal arzobispo de Toledo, salió acompañado del maestro de ceremonias, y puesto de rodillas delante del patriarca, le recibió el juramen-

to, y después pasó é hizo el pleito homenaje en manos del marqués de Santa Cruz, con la misma formalidad y solemnidades que los demas prelados, luego besó la mano á SS. MM. y se colocó en el lugar que le correspondia.

Concluido todo lo referido, salió de su puesto don Manuel de Aizpun, secretario de la cámara, asistiéndole á sus lados los escribanos mayores de las Cortes, y haciendo las reverencias acostumbradas, dijo en alta voz.

Señor: ¿V. M., en nombre del serenísimo y esclarecido príncipe don Fernando su primogénito hijo, acepta el juramento y pleito homenaje, y todo lo demas en este acto hecho á favor del serenísimo príncipe y pide á los escribanos de cortes, que así lo den por testimonio; y manda que á los prelados, grandes y títulos que están ausentes y acostumbran jurar se les tome el juramento y pleito homenaje?

S. M. se sirvió responder: así lo acepto, pido y mando.

Manteniéndose los tres en el mismo lugar subieron al tablado los dos comisarios de Burgos, y después de haber hecho las reverencias acostumbradas, hizo á S. M. el marqués de Villacampo, como mas antiguo, la siguiente arenga.

Señor: El reino da á V. M. y á la reina nuestra señora, la mas rendida enhorabuena por su exaltacion al trono y jura del serenísimo señor don Fernando, príncipe de Asturias, vuestro muy caro y muy amado hijo, renovando el amor y lealtad debida á V. M., y al mismo tiempo hace á V. M. la mas reverente súplica para que se sirva mandar dar un tanto autorizado á cada ciudad y villa á fin de que siempre conste este acto tan plausible para todos los vasallos, dispuestos á sacrificar sus vidas en obsequio de V. M., en que recibiremos muy grande merced.

S. M. se sirvió responder: os agradezco mucho lo que me habeis dicho y mando se os dé el testimonio que pedis; con lo cual se retiraron á sus puestos dichos comisarios.

Y habiéndose terminado euteraente este acto se volvió al altar el cardenal patriarca que estaba revestido de pontifical y empezó á entonar el *Te-Deum*, el que prosiguió la real capilla rompiendo un hermoso conjunto de voces é instrumentos y acabado, dijo el mismo Emmo. cardenal patriarca las oraciones, y después de haber dado la bendicion solemne, se desnudó del pontifical, vistiéndose con la púrpura y banda de la real orden de Carlos III, pasó á acompañar á SS. MM. que se retiraron á su cuarto con el mismo acompañamiento con que fueron á la iglesia, dando fin á este acto.

Pasados algunos dias, se franqueó la entrada al público que ansiaba admirar la magnificencia con que esta vez se hallaba decorado el hermoso templo de San Gerónimo, empero el lujo y elegancia superó á la idea de los curiosos espectadores, de suerte que pocos se contentaban con verlo una

vez, y todos apenas podian hacerse cargo de tan sorprendente suntuosidad, tal fué la ostentacion con que se celebró el solemne acto de la jura del príncipe don Fernando.

ANTONIO DE CAPMANY.

## ENTRE CIELO Y TIERRA.

Yo era el sexto en el interior de una diligencia, en donde habia de permanecer tres dias y cuatro noches; afortunadamente mis compañeros de viaje eran personas de esmerada educacion.

La conversacion rodó acerca de los peligros que cada cual habia corrido en su vida.

Un marino habia naufragado tres veces, y cierto dia, en los mares de la India, yendo al abordage, habia sido arrojado á muy poca distancia de un tiburón.

Un oficial de zuavos cayó en poder de un beduino, quien se disponia á decapitarlo: ya el fatal yatagan penetraba en las vértebras de su cuello, cuando una bala francesa dejó muerto en el acto al árabe su enemigo.

Otro interlocutor habia sido lanzado á una altura prodigiosa por la explosion de un barco de vapor en las aguas del Mississippi, sin haber sufrido lesion alguna.

En cuanto á mi, señores, nos dijo un jóven delgado y pálido que hasta entonces no habia desplegado sus labios, no he navegado, no me he hallado en incendios, ni en guerras, y sin embargo, me he visto en una situacion mas critica acaso que ninguno de vds.; por lo menostiene el mérito de la novedad.

Hace algunos años que me encontraba en Bruselas: atrevido, temerario, ávido de emociones, vinome la idea de hacer una ascension aereostática con un amigo mio. El globo estaba ya preparado, el tiempo era muy bueno; mas mi compañero no pareció. Disponiame á acometer solo la empresa, cuando un desconocido, saliendo del circulo de los espectadores, me suplicó que le permitiese el acompañarme. Hizome las mayores instancias; prometióme con juramento que se conformaria en todo y por todo á lo que yo ordenase. Consentí en admitirlo. Entró en la navecilla con una fisonomia radiante de júbilo: cortáronse las cuerdas, y nos elevamos.

Mi compañero no daba muestras de la mas ligera inquietud: estaba sentado en nuestro delicado cuanto peligroso asilo, con tanta calma y con tanta sangre fria, como si se encontrase en una poltrona cómoda gozando del reposo que reclama la digestion de una comida succulenta... Semejante al ave, parecia complacerse en su elemento.

Para facilitar nuestra ascension, vacié uno de los sacos de arena que nos servian de lastre: mi compañero

se alegró muchísimo, y me suplicó que hiciese lo mismo con los demás.

Me negué, como es de presumir, empero insistió. Preguntéle por qué quería elevarse á tanta altura.

—Temo, respondió, que me reconozcan!

Por el momento pensé que me las había con un original que había emprendido aquel viaje aéreo por efecto de una calaverada, de un movimiento irreflexivo, que temía lo llegase á saber su familia.

Traté de tranquilizarle, haciéndole entender que no era posible que desde la tierra pudieran distinguir sus facciones.

Empero, sordo á todas mis razones, exigió con mas vehemencia que aliviasé á la barquilla de todo el lastre.

No me era dable acceder á sus deseos; nos habíamos elevado muchísimo; el viento nos echaba hácia la parte del mar, y yo no las tenía todas conmigo.

Ordené con alguna aspereza que se mantuviera tranquilo, que no se moviera. Murmuró entre dientes algunas palabras ininteligibles, y vi que echó su sombrero por los aires, en seguida se quitó la levita y la arrojó lo mismo que el sombrero.

—¡Bien! ¡bien! exclamó, ya hay menos peso, así iremos mejor! Y se puso á desatar su corbata.

—¿Pero qué teme vd? le dije: ni con un telescopio le podrían reconocer desde abajo.

—Se engaña vd. muchísimo, repitió: en casa del doctor Van-Espen tienen en ojos de lince.

El nombre del doctor me hizo recordar un establecimiento que aquel dirigía, consagrado especialmente para la curacion de las enfermedades mentales.

—¿Conoce vd. al doctor Van-Espen? le pregunté.

—¿Que si le conozco! Hace dos años que vivo en su casa, en donde me han maltratado de mil maneras; sangrias, purgas, duchas y baños de agua fría, contrariedades de toda especie, y qué sé yo qué mas me han regalado en esa maldita casa. Nunca era dueño de mis acciones; vivía en ella lo mismo que en un calabozo. Esta mañana he logrado escaparme: lo que es ahora á buen seguro que no me volverán á ver.

No había que dudar; mi compañero era un enagenado, un loco; estábamos en una mezquina barquilla, pendiente de un globo y á mas de 4.500 metros de elevación.

Permanecí un instante anonadado, yerto de espanto. Un capricho repentino de mi camarada, una veleidat funesta de su parte, una lucha entre ambos... y nos perdimos.

Repetía con furor su grito tan funesto para mí:—¡Mas alto! ¡mas alto! ¡mas alto! y desnudábase y arrojaba sus vestidos.

En cuanto á mí, yo le miraba hacer todas esas cosas lleno de pavor y de espanto; no me atrevía hablarle, temiendo que se encolerizase.

Juzguen vds. de la situación de

mi ánimo, cuando despues de haberse quitado las medias, se volvió hácia mí, y midiéndome de pies á cabeza con un aire horrible, articuló con un tono de profunda convicción:

—Tenemos todavía que andar diez mil leguas: es menester que uno de nosotros se desembarace del otro.

Y erizábanse sus cabellos, y sus manos se contraían: era además mucho mas robusto que yo; de modo que no podia oponerle ninguna resistencia.

Si al menos hubiera llevado conmigo una pistola, no habría vacilado en levantarle la tapa de los sesos.

¿Green vds. que no me hubiera absuelto el mas austero moralista?

Yo estaba sin armas.

Nunca; ni en las angustias de una pesadilla, ni en los ensueños de una imaginación tétrica, sombría, jamás había pensado en una situación análoga á la mía: era sin ejemplo.

Hubiera querido estar á la merced de un antropófago; hubiera deseado hallarme delante de un tigre hambriento, mas bien que junto á un insensato, allá en el espacio, para quien eran de todo punto supérfluos, los ruegos y las razones.

Vile, sin oponerme, cogí y precipitar nuestros tres sacos de lastre: el globo se elevó á una altura desconocida. Había desaparecido la tierra; espesas nubes rodaban á nuestros pies, un frio mortal me embargaba los sentidos, y ¡ay! ¡Siempre elevándonos!

El loco parecia descontento; decíase como hablando consigo mismo:

—No andamos, no andamos, murmuraba.

De repente, volviéndose hácia mí:—¿Es vd. casado? ¿tiene hijos?—me preguntó.

—Tengo muger é hijos que mi muerte dejaría en el desamparo, le repliqué inmediatamente.

—Y yo, exclamó, con una risa horrorosa, y mirándome con unos ojos fulminantes, que me helaron de espanto, yo tengo trescientas mugeres y quinientos hijos, que componen mi familia allá en la luna, á donde voy, y ya hubiera llegado á no estorbármelo el doble peso que soporta este globo; pero en seguida llegaré, porque voy á desembarazarme de tí. ¡Ea! tú me molestas hace mucho tiempo; márchate pronto.

El globo se elevaba con asombrosa rapidez; nada mas ví. Arrójese á mí, sentí que con sus brazos de hierro me estrechaban y que me levantaba.

En este momento un grito espantoso interrumpió á nuestro narrador: una sacudida violentísima conmovió á la diligencia: una de sus ruedas acababa de engacharse con otra de una pesada carreta de acarreo, y había volcado.

Caimos unos sobre otros en una zanja colmada de espeso cieno, mas negro que la tinta. La mayor parte escapamos con algunas ligeras contusiones; pero el aeronauta, cuyo relato tan bruscamente había sido interrumpido, tuvo fracturado un brazo.

Lo dejamos en la primera aldea en

poder de un cirujano, que probablemente acabó de estropearlo.

Continuamos nuestro viaje: y como de entonces acá no le he vuelto á ver, me es imposible decir como se terminó su aventura en el globo y su caída en la zanja.

I. Z.

## EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion.)

—¡Silencio! dijo el doctor interrumpiéndole; esas ramas se mueven, si... no me engaño: aquí hay alguien.

—Perdonadme; soy yo, señor Bernard, dijo un hombre avanzando con aire humilde. Soy yo, señor doctor, Langlois para servirlos. ¿No os acordáis que me dijisteis ayer que estuviese listo á esta hora para acompañar á lady Aminta Warwick en su paseo por el mar? Ya tengo mi bote preparado, está pintado de nuevo. ¡Oh! os gustará cuando le veáis.

—Está bien, Langlois, veo que eres hombre de palabra, respondió Bernard; pero lady Aminta está todavía peinándose. Es Langlois, nuestro antiguo amigo de Diepe, añadió el doctor presentándole á Rodolfo, el guia elegido por madama de Nanteuil para sus escursiones náuticas. Un mozo valiente que, como sabéis, ha sufrido con heroica resignación ocho meses de encierro en el Castillo Fuerte de Diepe.

—Y por una acusación cuya injusticia conoce el cielo! replicó el bañero con calma. ¡Caiga toda la infamia sobre su autor, pues me ha hecho aborrecer á mi ciudad, á mis compatriotas, y casi á la Francia! añadió Langlois derramando una lágrima de dolor. ¡Oh! ¡Si yo le conociera!

—¿Por qué has dejado á Diepe habiendo sido absuelto? preguntó Bernard dulcificando cuanto pudo la voz.

—¡Absuelto, señor Bernard? ¡Oh! Es verdad. Despues de ocho meses de prisión: el jurado no se da mucha prisa. Si, me han absuelto, como dicen, por falta de pruebas mas claras.

—Y en atención á tus antecedentes... Yo á lo menos siempre he dicho que Langlois es un muchacho honrado.

—Sois demasiado bueno, señor Bernard, respondió Langlois con una expresión estraña. Solo que, como comprendéis, no se halla uno muy bien en el Castillo Fuerte. Cuando me sacaron de allí apenas podia sostenerme; estaba tan flaco como cualquiera de vuestros enfermos.

—En efecto, replicó Rodolfo, has debido sufrir mucho, pues estás muy pálido...

—Si, señor, pero no hablemos mas mas de eso... El día está hermoso... mi bote está listo, y estoy seguro de que lady Aminta Warwick se estará impacientando... Hasta la vista; estoy siempre dispuesto á servirlos.

Langlois saludó al doctor y al baron; llevaba una camisa listada, cuyas mangas estaban recogidas hasta el codo, y Rodolfo no pudo menos de sorprenderse al ver brillar un brazalete en la muñeca de su mano derecha.

—¿Qué brazalete es ese? preguntó al doctor viendo á Langlois alejarse precipitadamente.

—Pues qué, ¿lo ignorais? ¿No os lo habia yo dicho? Verdad es que estoy casi siempre distraido, replicó Bernard; ese brazalete es el de lady Southwel.

—¿De mi muger? Explicaos.

—Ella misma me encargó que se lo entregara la noche de su partida para Inglaterra, hará diez y ocho meses...

—¿La noche de su partida decís? ¿Y por qué? Pero esa noche, continuó Rodolfo hablando consigo mismo, esa noche es la misma en que fué preso Langlois, ¿Qué significaba semejante regalo?

—Lo ignoro... no he sabido... dijo el doctor con voz balbuciente. Sin duda lady Southwel queria indemnizar al bañero... Continuamente me ha dicho que le creia inocente...

—¡Inocente!... ¡Inocente! replicó Rodolfo; poco importa, ella es inglesa, orgullosa, y le ha regalado su brazalete.

—¿Podriais sospechar?...

Rodolfo no contestó; pero llevando á Bernard al sitio mas apartado del jardin, se pusieron á hablar los dos largo tiempo en voz baja, cubriéndolos con su sombra un espeso bosquecillo. Ni un solo rayo de sol penetraba en aquel sombrío conciliábulo, como si el espíritu del mal entendiera su velo sobre ellos.

—¿Con que me dais palabra de servirme, doctor? ¿Y tendreis preparados los caballos?

—Esta noche, despues del baile, á las tres... hora en que lady Aminta Warwick piensa partir para Londres...

—Muy bien, me retiraré á la hora de costumbre, me pondré á arreglar algunos negocios en mi cuarto, y....

—Sobre todo no os presentéis en el baile.

—Sir Roberto acompañará á mi esposa. A las tres en punto estareis á la puerta de mi cuarto de vestir, subireis por la escalera oculta, cuya llave tengo yo solo, y dareis dos golpes, lo cual querrá decir que el carriage está listo...

—¿Qué me place! Me encargo de llevar á lady Aminta de grado ó por fuerza al coche, y en seguida partireis á todo escape á Londres...

—Está dicho; pero bueno será que dispongais antes en mi favor á lady Aminta... El retrato que me habeis hecho de ella es poco lisonjero; pero cuando la necesidad aprieta no debemos ser muy escrupulosos.... Ya me habeis dicho que le agradan mi figura y mi nombre, de modo que zanjada esta dificultad, solo queda el duelo con sir Edwards Halton, mi rival, negocio que me premeto despachar pronto á mi llegada á Londres. En cuanto á la baronesa, no podia dejarla encomendada en mejores manos que las vuestras, señor Bernard, y

espero que procurareis consolarla de mi partida, convenciéndola de que solo es una ausencia temporal. Adios. ¡Hasta esta noche! Pero mirad á lady Aminta que vuelve de su paseo.

Quando el doctor le perdió de vista, despues de haberle mirado largo tiempo salió á pasos acelerados por aquella calle del jardin, exclamó:

—¡Pobre tonto! no puedes imaginar el lazo que se te está armando. Obedecerá; es cuanto yo necesitaba.

En aquel momento lady Aminta Warwick, apoyada en el brazo de Júpiter, su viejo negro, subia pausadamente los escalones de mármol blanco del terrado, esperando sin duda ver á Rodolfo, su hermoso caballero, aparecer furtivamente delante de ella á la vuelta de una calle de árboles.

Quando llegó arriba del terrado se acercó á ella Bernard con aire obsequioso, y lady Aminta aproximó al oido su trompetilla.

Despues de media hora de conversacion, fuerza es creer que logró persuadir á lady Aminta la elocuencia del doctor, puesto que se le vió acompañarla hasta su aposento, de donde bajó al punto sonriendo diabólicamente.

## V.

Quando Rodolfo de Nanteuil subió las escaleras de su casa, su corazon latia violentamente, pues el aspecto solo de aquella estancia solitaria, donde ponía el pie como un malhechor nocturno, parecia acusarle de una manera terrible.

Luego que Rodolfo examinó en silencio el piano medio cerrado, las flores, dos bugias entingüendose en un candelabro, y un par de guantes, probados y tirados despues sobre una consola de mármol, exclamó:

—¡Lo que voy á hacer es infame! No sé porque la palabra de Bernard ejerce sobre mí tanto imperio; pero el resultado es que me domina absolutamente... Esta union me pesa; jamás me hubiera atrevido á decirlo á nadie; él solo ha comprendido que me pesaba... Sin duda no habia yo nacido para semejante yugo, para tanta virtud.

¡Para tanta virtud! replicó luego con amarga sonrisa. ¿Pero quién me dice, quién me probará que lady Southwel, la esposa del comodoro, no me engaña? Pero no, no puede ser, continuó dirigiéndose hácia la ventana con ese secreto despecho de un hombre que no puede hallar siquiera una excusa para su justificacion.

No puede ser. ¡Ella me ama!

Y Rodolfo, de pie al lado de la ventana entreabierta, se puso á mirar atentamente las olas del Océano que murmuraba como una arpa al impulso de la brisa.

—¡Está bailando! dijo para sí el baron; está en el baile, festejada, admirada; ¡todos me envidian! Y yo entretanto me hallo prisionero, puesto que á estas horas estarán apostados en la puerta de la sala del baile varios esbirros para apoderarse de mi persona. Yo no he podido asistir á ese baile porque ellos me hubieran

arrestado á la salida. El juego, el maldito juego, es el que me ha abierto este abismo. Si, el juego, horrible himeneo al que me habia sometido antes que al de esa muger.

En seguida añadió Rodolfo.

—¿Lo que Bernard me propone es un crimen? No, puesto que la liberto del oprobio. ¡Una muger tan bella, tan orgullosa, obligada á pedirme su vida dia por dia como una limosna! No, no será así; y ¿yo mismo podria soportar semejante revés, esta burla implacable de la fortuna? ¿Puedo acaso resignarme á arrastrar una vida oscura como la mayor parte de los ingleses arruinados en el continente? ¿Podria yo soportar en Paris ó en Londres la vista de esos venturosos que corren en coche hácia los placeres, mientras que yo?... No, antes morir, desde el primer dia en que amé á lady Southwel, debí conocer que este casamiento era una locura; y por otra parte, añadió lentamente Rodolfo como si tratase de llamar en auxilio un recuerdo largo tiempo adormecido, ¿no he rehabilitado á lady Southwel á los ojos de todo el mundo casándome con ella? ¿La opinion pública la condenaba, y yo he hecho callar la opinion!

Acometido de estas tristes reflexiones, en las cuales se complacia, sin embargo, como si fuesen favorables á sus designios, Rodolfo examinaba maquinalmente muchos muebles de aquella estancia; la mayor parte eran invenciones fútiles de la moda, como arquitas de terciopelo y escritorios del tiempo de Luis XIV incrustados de nácar y de marfil. El baron prestaba mediana atencion á todos estos objetos, cuando de repente, al tocar un ligero resorte, salió de uno de los cajoncitos un billete groseramente plegado. La letra solo de la carta debió escitar vivamente la curiosidad de Rodolfo, pues de seguro no era obra de ningun pendolista.

Rodolfo aproximó una de las bujias de la chimenea, y leyó:

«Tengo la dicha, señora, de participaros que creo haber hallado al fin las huellas del infame que se atrevió en Londres á introducirse en vuestro aposento. Si Dios me auxilia, triunfaremos pronto de él, del asesino de vuestro marido, pues tengo para mí que él solo ha podido cometer el crimen.»

¡No tiene firma! murmuró el baron con sorpresa. Recorriendo despues con la vista otro párrafo escrito al pie del anterior, leyó:

«Vos, que sufrís, debeis comprender á los que sufren. Me pedís el brazalete; pero no puedo dároslo, porque es mi único bien; ¿no lo he pagado bastante caro? Mañana al medio dia os esperará mi lancha como de costumbre. Entonces os diré cuanto tengo que deciros, porque por medio de una carta no se puede hablar con libertad.»

(Se continuará).

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO, calle de Santa Teresa, núm. 8.